



CAPÍTULO XVIII

En el que se concluye la historia de Jacobo y de Carlota

—No hay que esperar firmeza en esta vida. Todos los hombres son variables; pero más que los hombres las mujeres. Ellas son el depósito del fingimiento y la superchería. Sus ternezas son adulaciones y sus más firmes juramentos no pasan de unas mentiras estudiadas. Mal haya el que se cree de unos entes tan débiles y misera-

bles, que abusan de los dotes de la naturaleza y de la ternura de su sexo para engañar un corazón sensible y generoso. Mas ¿quién no se creerá de una mujer hermosa, cuando jura y promete ser firme hasta la muerte, y más si llama el llanto para que sostenga su mentira? Las lágrimas y los suspiros son unos arbitrios eficaces, que tienen á mano estas viles criaturas intrigantes para alucinar á los incautos...

De esta ó de peor manera pensaba Welster dentro del templo, creyéndose agraviado de su amante Carlota; pero no pensaba con razón, porque hay mujeres fieles que conocen las leyes del honor y saben cumplir firmemente su palabra; mas Welster no entendía de eso. En aquellos instantes no pensaba sino en tomar satisfacción de la inconstante Carlota, que tal concepto le merecía.

Se entró por fin al templo y se acomodó cerca del coro; comenzó la misa y siguió el sermón según se acostumbra. El orador ponderó las virtudes de la novicia, con arreglo á las instrucciones de su padre, y entre otras cosas decía:

—¿A quién te compararé, á quién te asemejaré, feliz Carlota, hija de Dios y destinada para la celestial Jerusalén? Tú, en la tierna edad de diez y seis años ¹ supiste

¹ Sólo cumplidos los diez y seis años se debe admitir la profesión; haciéndose con menos edad es nula por disposición del citado Concilio. (Sesión 25, cap. 15).

despreciar la vanidad, y con pie firme hollaste un mundo falaz que te seducía con sus placeres y pompas lisonjeras, para seguir con tu cruz á Jesucristo, tu esposo predilecto...

Jacobo oía el sermón, y cada palabra del orador hería su espíritu vivamente, renovando el mal juicio que se había formado de Carlota.

Concluída la misa, el preste y los ministros del altar se dirigieron al coro para solemnizar la profesión. Las religiosas se ordenaron en dos filas con vela en mano, la abadesa tomó el lugar que le correspondía, y entonces Welster, que estaba muy inmediato á la reja, pudo ver bien á su amada Carlota. Ésta tenía los ojos bajos, y su macilento semblante manifestaba su estragada salud. Jacobo la miraba de hito en hito, observaba las ceremonias religiosas y escuchaba los cánticos sagrados con una atención imperturbable. Amaba tiernamente á Carlota, y su vista renovó su cariño; pero al mismo tiempo que se creía abandonado de ella sin motivo, en un instante convertía en odio mortal aquel afecto que volvía á desechar para quererla. De modo que su atribulado corazón batallaba á un tiempo con dos pasiones opuestas entre sí, el aborrecimiento y el amor, y sintiéndose agitado de las dos, no tenía libertad para decidirse por ninguna.

Entre estos amargos momentos llegó el de la profe-

sión de Carlota. El sacerdote le hizo una exhortación breve y patética acerca de la vida religiosa, durante la cual ella no alzaba los ojos de la tierra que estaba regando con sus lágrimas. Así que el sacerdote concluyó, pasó la novicia á hacer la profesión en sus manos. Cada movimiento, cada palabra de ella era un puñal con que atravesaba el corazón de Jacobo sin saberlo. Este la contemplaba sin moverse; pero cuando la oyó decir, aunque con débil voz:— *Yo, sor Carlota de Jesús, hago voto y prometo...*—no pudo contenerse; perdió el juicio, se olvidó de la prudencia, y sin atender al lugar en donde estaba, con una voz fuerte é indignado, le dijo:— *¿Qué prometes, perjura?... ¿Me conoces?*

El formidable grito de Jacobo penetró los oídos de Carlota. Levantó sus ojos abatidos y los dirigió hacia donde oía el eco pavoroso: conoció á su amante, y con una vez desfallecida, dijo:— *¡Ay, Welster!... la fuerza...* No pudo articular otra palabra. Un sudor frío bañó su hermoso rostro; su vista se eclipsó; la convulsión sacudió sus miembros fuertemente, y hubiera caído en tierra desmayada, si no la hubieran sostenido las monjas.

Todos se sorprendieron con tan inesperada novedad. Un sordo murmullo se extendió por el templo; Labín, que había ido con el cura don Jaime para cerciorarse de la profesión y estaba cerca del coro, luego que oyó á su amigo Welster, corrió adonde estaba y le dijo:



... Y sin atender al lugar en donde estaba, con una voz fuerte é indignado, le dijo:— *¿Qué prometes, perjura?... ¿me conoces?*